

agresividad – aggressiveness

Authored by
memjavad

October 22, 2025

RECOMMENDED CITATION

memjavad (2025). *agresividad – aggressiveness*. Spanish Psychological Databases.
Retrieved from <https://spanish.arabpsychology.com/?p=1133>

Agresividad

Primary Disciplinary Field(s): Psicología, Etología, Sociología, Neurociencia.

1. Definición Central y Tipologías

La agresividad se define en las ciencias del comportamiento como cualquier forma de conducta dirigida a dañar o lesionar a otro ser vivo que está motivado a evitar dicho trato. Esta definición subraya dos elementos cruciales: la **intencionalidad** de causar daño y la consideración de la víctima como un ser que experimenta aversión al daño. Es fundamental diferenciar la agresividad de la asertividad; mientras la asertividad implica la defensa firme de los propios derechos u opiniones sin violar los de los demás, la agresividad siempre implica una violación o un intento de daño, ya sea físico, psicológico o social.

Una de las distinciones más importantes en el estudio de la agresión es la dicotomía entre la **Agresión Hostil** (o afectiva/reactiva) y la **Agresión Instrumental** (o proactiva). La agresión hostil es impulsiva, reactiva y está alimentada directamente por la emoción, generalmente la ira, con el objetivo primario de infligir dolor o daño a la víctima. Por el contrario, la agresión instrumental es premeditada, calculada y se utiliza como un medio frío y racional para alcanzar un objetivo no agresivo, como la obtención de recursos, poder o estatus, siendo el daño a la víctima un subproducto necesario, pero no el fin en sí mismo. Esta diferenciación es crítica para el diagnóstico clínico y la intervención, ya que las bases neurobiológicas y los factores de riesgo difieren significativamente entre ambos tipos.

Además de la motivación subyacente, la agresividad se clasifica según su modo de expresión. La **agresión directa** involucra un contacto cara a cara entre el agresor y la víctima, manifestándose como agresión física (golpes, empujones) o verbal abierta (insultos, amenazas). En contraste, la **agresión indirecta** o relacional busca dañar las relaciones sociales o el estatus de la víctima sin confrontación directa, utilizando mecanismos como la difusión de rumores, la exclusión social o la manipulación. Aunque la agresión física es típicamente más prevalente en varones, la agresión indirecta es a menudo más común en mujeres y puede ser igualmente destructiva para el bienestar psicológico y social de la víctima.

2. Etimología y Desarrollo Histórico del Concepto

El término "agresividad" proviene del latín *aggredi*, que significa 'ir hacia', 'atacar' o 'acometer'. Históricamente, el concepto de agresión ha sido objeto de debate filosófico fundamental sobre la naturaleza humana. Pensadores como Thomas Hobbes postularon que la agresividad es una característica intrínseca del estado natural del hombre, requiriendo un contrato social estricto para su contención. En contraposición, Jean-Jacques Rousseau argumentó que el ser humano es

inherentemente pacífico, y que la agresión surge como un producto corruptor de la sociedad y sus instituciones.

A principios del siglo XX, el psicoanálisis y la etología proporcionaron las primeras grandes teorías científicas que postularon la agresividad como un instinto innato. Sigmund Freud, en su teoría dual de los instintos, introdujo el concepto de *Thanatos* o instinto de muerte, una pulsión destructiva dirigida inicialmente hacia uno mismo, pero luego desviada hacia el exterior. De manera paralela, pero desde la biología evolutiva, el etólogo [Konrad Lorenz](#) propuso que la agresión es un instinto de lucha intraespecífico programado evolutivamente que garantiza la dispersión de la especie, la defensa territorial y la selección natural de los individuos más aptos. Estas teorías instintivas, aunque influyentes, fueron criticadas por su determinismo biológico y su incapacidad para explicar la variabilidad cultural y la modulación ambiental de la agresión.

La crítica más robusta provino del conductismo y, posteriormente, de la psicología social cognitiva. La formulación de la **Hipótesis de Frustración-Agresión** por Dollard y colaboradores en 1939 marcó un punto de inflexión, sugiriendo que la frustración siempre conduce a alguna forma de agresión, y la agresión siempre presupone la existencia de frustración. Sin embargo, el paradigma que transformó la comprensión moderna de la agresión fue la **Teoría del Aprendizaje Social** de Albert Bandura, que demostró que la agresión no es necesariamente innata ni una respuesta directa a la frustración, sino un comportamiento complejo que se aprende primariamente a través de la observación, la imitación (modelado) y el refuerzo, sentando las bases para las intervenciones preventivas basadas en el cambio de conducta.

3. Bases Biológicas y Neurocientíficas

La neurociencia ha revelado que la agresividad, especialmente la de tipo reactivo, está mediada por complejos circuitos neuronales que involucran la interacción entre sistemas límbicos y corticales. El papel central lo desempeña la **Amígdala**, la estructura clave en el procesamiento del miedo y la generación de respuestas emocionales rápidas. Cuando la amígdala detecta una amenaza, puede desencadenar una respuesta agresiva. Sin embargo, esta respuesta debe ser regulada por el **Córtex Prefrontal (CPF)**, especialmente la corteza orbitofrontal y ventromedial, que son responsables de la inhibición de impulsos, la planificación y la evaluación de las consecuencias. Una disfunción o un desarrollo incompleto del CPF se correlaciona fuertemente con una incapacidad para inhibir respuestas agresivas impulsivas, una característica común en la agresión hostil y en los trastornos de control de impulsos.

A nivel bioquímico, diversas hormonas y neurotransmisores modulan el potencial agresivo. La **Testosterona**, un andrógeno, se asocia frecuentemente con la agresividad, particularmente en la agresión proactiva o de dominación. Sin embargo, la relación es compleja; la testosterona no causa agresión directamente, sino que puede aumentar la propensión a la dominancia y la

búsqueda de estatus. Más influyente es la función del neurotransmisor **Serotonina**; niveles bajos de serotonina en el sistema nervioso central se han correlacionado consistentemente con un aumento de la irritabilidad, la impulsividad y la conducta violenta en humanos y animales, sugiriendo un papel inhibitorio crucial de este neurotransmisor sobre los circuitos agresivos.

La genética también contribuye a la vulnerabilidad a la agresión, aunque siempre en interacción con el ambiente. El estudio del gen **MAOA** (Monoamino oxidasa A), a veces denominado el "gen guerrero", ilustra esta interacción. Este gen metaboliza neurotransmisores como la serotonina y la dopamina. Individuos que poseen la variante de baja actividad del MAOA tienen una mayor probabilidad de manifestar conductas violentas, pero solo si han sido expuestos a un trauma o abuso significativo durante la infancia. Este hallazgo subraya la visión moderna de que la agresividad es el resultado de una compleja interacción entre la predisposición biológica (genética y neuroquímica) y los factores ambientales adversos (experiencias traumáticas tempranas).

4. Teorías Psicológicas de la Agresión

El panorama teórico de la agresión en psicología se ha diversificado más allá del instinto y la frustración. La **Hipótesis Revisada de la Frustración-Agresión**, propuesta por Leonard Berkowitz, modificó el modelo original al sugerir que la frustración solo crea una disposición o una preparación emocional para la agresión, y que la agresión solo se manifestará si existen "señales agresivas" o estímulos ambientales que activen la respuesta agresiva. Estas señales pueden ser objetos asociados con la violencia (armas) o claves contextuales que recuerdan situaciones agresivas previas.

La **Teoría del Aprendizaje Social** (Bandura) sigue siendo la explicación más poderosa para la adquisición y mantenimiento de patrones agresivos. Esta teoría argumenta que los individuos aprenden a ser agresivos observando a otros (padres, pares, figuras mediáticas) que demuestran comportamientos agresivos y son recompensados o, al menos, no castigados por ellos. El famoso experimento del muñeco Bobo demostró que los niños imitan fielmente la agresión física y verbal observada en un modelo adulto, incluso si no son directamente recompensados por ello, subrayando el poder del **modelado** y el **refuerzo vicario** en la formación de repertorios conductuales violentos.

Una síntesis moderna de estas perspectivas es el **Modelo General de Agresión (GAM)**, desarrollado por Craig Anderson y Brad Bushman. El GAM es un marco cognitivo-social que integra factores biológicos, ambientales y psicológicos en un ciclo continuo. El modelo postula que la agresión surge de la interacción entre las variables personales (rasgos de personalidad, esquemas cognitivos previos) y las variables situacionales (provocación, señales agresivas, estrés). Esta interacción afecta los estados internos del individuo (cognición, afecto y excitación), lo que a su vez conduce a una evaluación de la situación y, finalmente, a una acción agresiva o no

agresiva. El GAM es especialmente útil para explicar cómo la exposición repetida a la violencia (por ejemplo, en los medios) construye estructuras de conocimiento agresivas que se activan automáticamente en situaciones conflictivas.

5. Factores Ambientales y Sociales

Los factores ambientales y sociales desempeñan un papel crucial como desencadenantes, moduladores y reforzadores de la agresividad. El entorno familiar es el primer y más poderoso agente socializador. La exposición a la violencia doméstica, el abuso físico o emocional, y los estilos de crianza inconsistentes o autoritarios están fuertemente correlacionados con el desarrollo de conductas agresivas en la infancia y la adolescencia. Los niños que crecen en hogares donde la agresión es la norma aprenden que la violencia es una forma eficaz y aceptable de resolver conflictos o de ejercer control.

A nivel macro-social, la cultura juega un rol determinante. Las **culturas de honor**, por ejemplo, donde la reputación personal y familiar es primordial, pueden legitimar la agresión como una respuesta necesaria ante el insulto o la amenaza percibida. De igual manera, la desigualdad socioeconómica, la pobreza persistente y la desorganización comunitaria actúan como estresores crónicos que aumentan la frustración y la reactividad emocional, elevando la probabilidad de comportamientos agresivos. La falta de acceso a recursos y la percepción de injusticia sistémica pueden canalizar la frustración hacia la violencia colectiva o individual.

Finalmente, la influencia de los medios de comunicación y la tecnología es ineludible. Aunque el debate sobre la causalidad directa de la exposición a la violencia mediática (televisión, cine, videojuegos) sigue activo, existe un consenso sustancial de que la exposición repetida puede tener tres efectos principales: la **desensibilización** ante el sufrimiento ajeno, el aumento de la **excitación** fisiológica y la **observación de guiones agresivos** que el individuo puede aplicar en situaciones reales. Este modelado mediático contribuye a normalizar la agresión como una respuesta válida a los conflictos.

6. Manifestaciones Comportamentales y Sociales

La agresividad se manifiesta en una amplia gama de comportamientos sociales, desde el conflicto interpersonal hasta la violencia estructural. Una de las manifestaciones más estudiadas en contextos educativos es el **Acoso Escolar (Bullying)**, que se caracteriza por un patrón de agresión repetida y desequilibrada en el poder, donde la agresión puede ser física, verbal o relacional. El acoso relacional, en particular, demuestra cómo la agresión indirecta puede ser utilizada estratégicamente para dañar la autoestima y las redes de apoyo social de la víctima.

En la edad adulta, la agresión se observa en la **Violencia de Pareja** y la violencia doméstica. Aquí, la agresión no solo busca el daño físico, sino que es un componente de un patrón más

amplio de control coercitivo. Los patrones cíclicos de violencia y reconciliación dificultan la salida de la víctima y perpetúan la dinámica agresiva, a menudo con profundas raíces en la historia de aprendizaje social y los déficits de regulación emocional del agresor.

En el ámbito colectivo, la agresividad se escala a fenómenos como el crimen organizado, los disturbios civiles y la guerra. En estos contextos, los mecanismos psicológicos como la **desindividualización** (pérdida de la identidad personal en un grupo) y la **difusión de la responsabilidad** permiten que los individuos cometan actos que nunca realizarían de forma aislada. La agresión colectiva es potenciada por ideologías que deshumanizan al grupo externo, facilitando la justificación moral de la violencia extrema.

7. Debates y Controversias Éticas

Uno de los debates más persistentes en el estudio de la agresividad es la clásica dicotomía **Naturaleza vs. Crianza**. Si bien las teorías instintivas han sido ampliamente refutadas en su forma pura, la neurociencia ha confirmado que existe una base biológica significativa (genética, hormonal y cerebral) que predispone a ciertos individuos a una mayor reactividad agresiva. Sin embargo, la evidencia es abrumadora en el sentido de que estas predisposiciones solo se activan y se manifiestan en patrones estables de agresión bajo la influencia de entornos sociales y familiares adversos. El debate actual se centra en determinar los mecanismos exactos de la interacción gen-ambiente para desarrollar intervenciones más específicas y efectivas.

Otro punto de controversia crucial es la línea divisoria entre la agresividad patológica y la conducta adaptativa. La agresión, en un sentido evolutivo, puede haber servido para la supervivencia y la defensa de recursos. Sin embargo, en las sociedades modernas, la agresión es predominantemente desadaptativa. La confusión persiste a menudo con la **Asertividad**; mientras la asertividad es una habilidad social saludable que implica expresar sentimientos y defender derechos de manera respetuosa, la agresividad cruza esta línea al buscar dominar, humillar o dañar, convirtiéndose en una conducta disfuncional que daña las relaciones y el bienestar social.

Finalmente, la investigación sobre las bases biológicas de la agresión plantea profundas cuestiones ético-legales. Si se demuestra que la disfunción en el CPF o la presencia de variantes genéticas específicas contribuyen a la conducta criminal violenta, ¿cómo debe el sistema judicial ponderar la responsabilidad penal? Si bien la neurociencia puede ayudar a explicar el comportamiento, la mayoría de los sistemas legales insisten en que la disfunción biológica no elimina la capacidad de elección moral, aunque puede ser considerada como un factor mitigante en la sentencia. Este debate requiere un equilibrio delicado entre la comprensión científica de las causas biológicas y el mantenimiento de la responsabilidad individual.

8. Lecturas Adicionales

[Konrad Lorenz](#) (Sobre la Etología de la Agresión)

[Monoamino oxidasa A \(MAOA\)](#) (Sobre la Genética de la Agresión)

[Experimento del muñeco Bobo](#) (Sobre el Aprendizaje Social de la Agresión)

ARABPSYCHOLOGY.COM